

LA VIDA CONSAGRADA III: EL CAMINO POR DELANTE

DISCERNIENDO UN FUTURO EN PLENITUD PARA LA VIDA RELIGIOSA

H. ELOÍSA BRACERAS GAGO, OP

(DOMINICA DE LA ANUNCIATA, CIUDAD. DE BURTZEÑA. PUBLICADO EN LA REVISTA VIDA SOBRENATURAL, 2010. N. 672)

INTRODUCCIÓN: ¿A DÓNDE VAMOS?

No basta con observar la realidad, sino que es necesario marcar lo más concretamente posible por dónde pasan los caminos rumbo al futuro que queremos.

Necesitamos respuestas: ¿qué hacer? ¿Qué comunidad necesitamos? ¿Cómo tener vida y misión realmente centradas en Cristo, y sólo en Cristo? ¿Acaso hay respuestas definitivas y válidas?

EL CAMINO POR DELANTE: LA PLENITUD. “Entonces vendrá el fin” (Mt 24, 14)

Sólo después de que el evangelio sea predicado a todos los pueblos llegará el Reino; sólo después de que la Vida Consagrada sea totalmente evangélica llegará a su plenitud, a su perfección, y sólo entonces podrá decir que es auténtica presencia de Dios entre los hombres.

En el Congreso Internacional de Vida Consagrada celebrado en Roma en el año 2004 se hizo gran esfuerzo argumentativo, teológico y de discernimiento. Sin embargo, lo interesante es un hecho aparentemente paradójico: pocas respuestas fueron dadas sino en forma de pregunta. Así se expresa una de las participantes: *“A pesar de ser tantos y con tantos dones y cualidades, no surgió un plan concreto de acción (...) ¿Cómo pretender cerrar la pasión en ideas claras y concretas? (...) Llama la atención que no fuésemos capaces de concretar lo que decíamos, tal vez porque no se puede atar la acción de Dios a los papeles. Tal vez con eso se mate la novedad”*¹.

Sin embargo, el acontecimiento internacional motivó numerosos escritos, entrevistas, reflexiones. Esperemos que motive también, en ese futuro anunciado, respuestas concretas.

¹ Entrevista con Gema Meroño, Pasión por Cristo, pasión por la humanidad (IV): el Congreso Internacional, *Vida religiosa*, cad. 6, vol. 96, noviembre-diciembre/2006, p. 52.

El método de trabajo parece haber sido así: presentación del tema, convicciones al respecto, propuestas. Eso asegura el discernimiento conjunto. Ahora bien, hay que notar lo que ya se comentaba anteriormente: aparecen más interrogantes que respuestas, aunque no faltan valiosas contribuciones. Algunas de ellas son contempladas aquí, en el esquema tripartito que venimos aplicando: misión, vida comunitaria, raíz en Cristo. ¿Por dónde caminará la VC, en estos tres vastísimos campos, en el futuro?

- *Misión*: de las propuestas dadas en este punto, se pueden sintetizar tres líneas de acción, que responden no sólo a los signos de los tiempos y de la propia Vida Consagrada, sino también a razones teológicas. Así, se levanta la cuestión de la globalización de la solidaridad. La globalización es el camino que mundo y cultura están siguiendo y arrastrando a gran parte de la población. Tenemos el deber de aprovechar para nuestra misión los medios que la tecnología nos ofrece, saliendo de nuestro pequeño y exclusivo mundo.

Señal de globalización es también el insistente apelo al diálogo. Además del alcance misionero, el diálogo tiene sentido teológico, y hoy se nos exige una misión marcada por la inter-congregacionalidad, inter-religiosidad, inter-culturalidad y el ecumenismo. De acuerdo con este diálogo, debemos ejercer una predicación narrativa, no apoyada en evaluaciones universales que nos separan, sino en pequeñas realidades que nos unen en lo cotidiano. En esta misma línea, nuestra misión debe estar abierta a la colaboración con los laicos y, por supuesto, a todo el Pueblo de Dios presente en las Iglesias locales, a través de trabajos y proyectos discernidos y realizados conjuntamente, y a cuyos pastores debemos adherirnos “de mente y corazón”.

El apelo a esta misión “inter” no significa que la opción preferencial por los pobres haya pasado a segundo plano. No es eso lo que nos dicen los iconos propuestos para la Vida Religiosa y la propia vida de Jesús, pero ya no es posible acceder a esos pobres si no es entrando en la red de comunicaciones, influencias y culturas. En este sentido, es necesario promover nuestra participación en los foros mundiales, organismos de decisión, y nuestra presencia en los lugares donde la vida es amenazada.

Es precisamente en función de los pobres destinatarios de nuestra misión por lo que somos llamados a la simplificación, flexibilidad y audacia de nuestras estructuras pastorales, apostólicas, económicas, confiando sólo, y con paciencia, en el tiempo de Dios. Este proceso pasa por liberarnos de viejas y grandes gestiones y por la descomposición de obras. El prototipo de este nuevo tipo de misión será la *tienda de campaña*,

sustituta del gran convento, fácil de montar, siempre ligera y disponible para la itinerancia.

La VC continúa teniendo mucho campo de misión. Es necesario trabajar lo mejor posible y tanto como se pueda, pero sin medir por el criterio de la eficacia. Por el contrario, no podemos ver nuestros trabajos como una carga pesada, pero si la misión es realizada tranquilamente desde lo que somos, será para nosotros fuerza para superar las dificultades. Nuestra misión sólo será consagrada si vemos en su destinatario el rostro de Cristo estimulándonos.

- *Vida comunitaria*: es sin duda en este punto donde más claramente se discierne la urgencia de ser auténticamente trinitarios, señales de comunión por el Espíritu. La inspiración teológica de la vida comunitaria no es, por tanto, diferente de la que lleva al diálogo en diferentes niveles y la apertura de nuestras viejas estructuras de misión. Para concretar la realización de esta comunión fueron dadas varias sugerencias.

Existe la necesidad de convertir nuestras comunidades en *nuevos espacios* donde dejar lugar para la belleza que surja de sus propios miembros, incentivada por la institución y al servicio de la misión y de la comunidad. En ellos surgirán, así, la belleza que facilite la oración por el uso de símbolos y elementos que conduzcan a la paz.

Es necesario un cambio en las estructuras, de manera que éstas se adapten a las nuevas relaciones comunitarias que se desea construir, y no al contrario. Debemos insistir menos en la presencia física que en la compenetración del espíritu. “No es la cantidad de horas que pasamos juntos lo que hace comunidad, sino la calidad de la presencia”². Así, las virtudes personales se convertirán en fuente de comunitariedad en lugar de motivo para envidias y celos, y la vida fraterna será referencia realista para situaciones de violencia e injusticia antes que carga añadida a esa situación social dolorosa. La comunidad será lugar de esperanza frente al tedio y desánimo y de amor frente a relaciones cosificantes.

Es urgente transformar nuestras comunidades en espacio para el diálogo, cuyo cultivo es un arte que posibilita la reconciliación, y para el descubrimiento del significado de la Palabra. La comunidad no está formada por el techo que la cobija, sino por la misión que se le encomienda y, en última instancia, por la persona. No podemos olvidar que los fundadores no tenían normas cuando comenzaron su sueño apostólico mediante la fundación del instituto. Acoger a las personas y formar

² J. M. Guerrero, ¿Qué vida religiosa está naciendo?, en Folletos con él, n. 263, enero 2006, p.12 (suplemento a la revista Vida Nueva, n. 2511).

comunidad con ellas, generando auténtica fraternidad, implica permitir en su interior el cultivo de diferentes espiritualidades, espiritualidades de nuevas culturas emergentes; exige una autoridad más animadora que administradora, que comparta la información originando así la corresponsabilidad y el discernimiento conjunto, la creatividad, la flexibilidad, la provisionalidad. Con esas relaciones igualitarias, respetuosas de lo diferente, los miembros caminarán más fácilmente hacia la madurez a través de la integración afectiva y sexual. En esas condiciones podremos hacer realidad el acompañamiento espiritual fraterno, terreno de búsqueda y encuentro con Dios en la Palabra y en el hermano.

Concluimos con la imagen utilizada por Timothy Radcliffe: la comunidad puede ser señal y símbolo de la gran morada de Dios, donde los hombres vean el espacio para el cultivo de la vida en este mundo marcado por la destrucción del espacio y la orfandad, el exilio y la guerra³. Porque en la comunidad todos *estamos en Dios*, todos somos *templo de Dios* (1Cor 3,16), realicemos en ella la presencia silenciosa de Él en nuestra vida.

- *Vida enraizada en Cristo*: estamos llamados a revelar el valor de la vida en todos sus aspectos, a partir de nuestra experiencia trinitaria. Nuestra opción de vida nos insta a hacer del misterio pascual la fuente de nuestra espiritualidad. Dios nos salva *por Cristo, en Cristo*, actualizado *por el Espíritu*. En cambio, es necesario “inventar” una nueva manera de decir esto, porque hasta la palabra Dios fue tomando aspectos culturales y ya no hace ya referencia necesaria al Absoluto para nuestros contemporáneos. La Vida Consagrada debe ser testimonio del no-nombre de Dios, de la experiencia inenarrable que nos sostiene en un camino de “ascensión perseverante”. Decir esto no sólo con palabras –de entre las que las expresiones simbólicas y los iconos parecen el modo más adecuado, sino sobre todo haciendo salir de nosotros mismos nuevos modelos de justicia y fraternidad, en una especie de “arte mayéutica” discernida, reflejo de la trascendencia de Dios en nuestra limitada trascendentalidad⁴.

Pero la Vida Consagrada no necesita “inventar” una espiritualidad para ahora. Por el contrario, es lanzada de vuelta a las fuentes. Somos herederos de una raíz monástica que es importante recuperar, y de una tradición sapiencial que es punto de partida del discernimiento, tradición no sólo bíblica sino fundacional. Si estructuralmente es necesario volver a la sencillez inicial, espiritualmente necesitamos volver no sólo al carisma del fundador, sino también a la centralidad de Jesús que inspiró el seguimiento

³ T. Radcliffe, *El manantial de la esperanza*, Ed. San Esteban, Salamanca, 1998, p. 231.

⁴ Id, pg. 203. Vemos en este punto una profunda carga teológica que merece la pena destacar, incluso sin posibilidad de entrar en ella. Esta expresión de *Dios por nosotros* es uno de los motivos teológicos que, bajo nuestro punto de vista, más profundamente justifican el esfuerzo del discernimiento.

haciendo del evangelio nuestra primera norma, y también al amor esponsal de Cristo, presente no sólo en nuestra inspiración profética sino en la propia experiencia personal fundante y vocacional.

Pero tampoco podemos mirar sólo a los orígenes. Anteriormente hablábamos de nuestra dimensión escatológica, de la cual nuestra sed de Dios, compartida por toda la humanidad, es una de las más claras expresiones. Es necesario saber expresar esta sed, tal vez con palabras nuevas, apropiándonos de ella y trabajándola por el acompañamiento constante. Hay quien sugiere la necesidad de revisar nuestras fórmulas oracionales, que responden a devociones antiguas y populares, y que tal vez hoy, fuera de contexto, estén ahogando la posibilidad de un diálogo profundo. La sed no acabará, pues es el motor de nuestra espiritualidad, pero tampoco puede ser olvidada o abandonada, sino al contrario, afrontada por la oración, que tiende a ese fin escatológico, y sin la cual la vida espiritual se seca.

La primacía la tiene la Palabra. Ella es necesaria para crear un nuevo modelo de oración que dé espacio para expresar una espiritualidad fuerte, personalizada, comprensible, relacional. Haciendo de la Biblia compañera de camino y de la *lectio divina* fuente de nuestra acción -no justificación para proyectos ya descontextualizados-, recuperaremos la centralidad del Reino en nuestra misión y nuestra convivencia, la prioridad absoluta de la caridad por encima de los votos y de las normas, y un estilo de vida coherente capaz de conjugar contemplación y acción.

Otro apelo insistente de nuestra realidad es la importancia de recuperar el valor de lo cotidiano, como manera segura de estar siempre aprendiendo según pide la formación permanente, y con el objetivo de hacer del consagrado y la consagrada una *sequela Christi*, expresada en una vida nueva, transfigurada, cristiforme. Actuante en la obediencia atenta a la voluntad de Dios, amor y creatividad caminan juntos.

Conclusión: unidad en la diversidad. Pentecostés y Eucaristía.

Una de las más evidentes y unánimes constataciones del Congreso fue la unidad en la diversidad; unidad en la pasión y los objetivos, diversidad en la riqueza de carismas, caracteres, culturas, gentes. Diversidad en la pluralidad de lenguas, unidad en la caridad y compromiso.

Dos imágenes marcan los dos polos de esta única experiencia. Son las figuras de Pentecostés y de la Eucaristía, ambas don de Dios y de inspiración bíblica.

J. B. Libânio, en su aportación en el Congreso, nos introduce en la metáfora de Pentecostés y la compara con otra: mientras en Babel Dios confunde las lenguas, en Pentecostés el entendimiento es unificado. La diversidad continúa existiendo, pero ya no es obstáculo para la comprensión mutua. El Espíritu suscita nuevas formas para la unidad.

La Vida Consagrada nació como don del Espíritu, y debe continuar siéndolo, suscitando la renovación de sí misma y de la Iglesia. Él nos marca los caminos para la misión, junto a todo el Pueblo de Dios, en los signos de los tiempos. Es necesario que estemos abiertos a su vitalidad, que se hace más y más vida en nosotros: “Abrigarse resguardado del soplo del Espíritu es señal de decadencia y no de vitalidad”⁵, vitalidad que debe ser no sólo presente, sino futura. La dimensión escatológica de la Vida Consagrada está también en su carácter Pentecostal. Así nos dice Juan Pablo II: “Todas nuestras diversidades que manifiestan la riqueza de los dones de Dios, sustituirán la única casa del Padre, que contiene tantas moradas”⁶.

El recordado Juan Pablo II, y antes de él ya el Concilio Vaticano II, han insistido en el carácter de la Iglesia como “casa y escuela de comunión”, intención suscitada y pedida en el rito de la plegaria eucarística. La eclesiología de comunión inspiró también la imagen de la Eucaristía como símbolo de la Vida Consagrada. Por su parte, Benedicto XVI ha escrito sobre la dimensión agápica de la Iglesia, imagen nuevamente aplicable a la Vida Consagrada, de la que el amor es el mayor signo de credibilidad.

Como sacramento de este amor ágape, F. Rodé, representante de la Congregación para los Institutos Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica, pronunció una conferencia al respecto. Él expone cómo es precisamente en la Eucaristía donde el consagrado encuentra su identidad, al hacer de las actitudes de Jesús el centro de su vida. Del carácter memorial del gesto eucarístico surgió cada congregación, como fuerza activa de la Iglesia. En efecto, la Eucaristía nos conduce a la consagración al compartir la Pasión de Cristo, nos hace contemplativos en la acción y consagrados en la misión. El misterio eucarístico une nuestro cuerpo al de Cristo y nuestro plan a la Creación del Padre, que encuentra en el sacramento su plenitud. La Eucaristía es energía para el consagrado, estímulo, vigor, vitalidad y fuente de discernimiento a través del ejercicio de la memoria. Es lugar de unidad en la diversidad de carismas; es momento presente de nuestro pasado –don del Espíritu- y de nuestro futuro –realización de la unidad en la plenitud de Dios. Así se expresó Don Luis Gutiérrez, presidente de la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada de

⁵ J. M. Guerrero, op. cit, p. 9.

⁶ Exhortación Post-sinodal *Vita Consecrata*, n. 52.

la Conferencia Episcopal Española, en la jornada mundial de la Vida Consagrada en España: “La pasión de los consagrados no es sino réplica, dentro de moldes frágiles, de la misma ofrenda de Cristo al Padre, que se verifica cuando ellos se inclinan ante tantos marginados, olvidados (...) para anunciarles el nombre de Dios, que es Amor⁷”.

Como palabra final, citar uno de los objetivos del Congreso, que ni acabó en noviembre de 2004 ni se celebró apenas en Roma. En el día a día es necesario que las intuiciones pneumáticas para el futuro sean animadas y vivificadas por las conferencias nacionales, congregaciones, provincias y todos y cada uno de los consagrados y consagradas. En nuestra misión, en nuestra vida comunitaria, en nuestra espiritualidad evangélica “la diversidad en la unidad es una fuerza incalculable para la Vida Religiosa si somos capaces de vivirlo y expresarlo tanto dentro de los límites de cada una de nuestras comunidades, como cuando nos comprendemos como Vida Consagrada, más allá de nuestros institutos, de nuestra confesión católica, de nuestra fe cristiana”⁸.

La Orden Dominicana tiene una rica historia y un carisma amplio y actual. Dentro del universo de formas e institutos ostenta la responsabilidad de la predicación, conseguida decididamente por Santo Domingo. No faltan herejes en nuestro tiempo, aun dentro de nuestra Iglesia, de nuestras comunidades y de nosotros mismos. Una mirada negativa, derrotista, triste y desesperanzada ante el tiempo que vivimos es actualización –salvando las distancias- de esa otra mirada cátera ingrata y escéptica ante la belleza y bondad de la Creación. Desde la convicción cristiana de la presencia del Dios de Jesucristo en sus criaturas, todo nos conduce a la plenitud cuando la mirada es la de la fe, como la fe optimista de Domingo en la Palabra, en la Historia y en los hombres y mujeres de su tiempo. Tengamos una mirada positiva, lúcida, expectante y esperanzada; seamos fieles predicadores de la convicción confiada en la encarnación de Dios en Jesucristo. Como discípulos suyos, nuestra fe se traduce en esperanza contemplativa, y la esperanza en acción.

⁷ Citado por L. Grosso. Una consagración apasionada. Anotaciones sobre el congreso mundial para la VC, *Testimonio*, n. 208, marzo-abril/2005, p. 56.

⁸ E. Losada: “Una experiencia muy intensa de unidad en la diversidad”, in PASIÓN por Cristo, pasión por la humanidad (II): reflexiones y entrevistas, *Vida Religiosa*, cad. 4, vol 96, julio-agosto/2004, pp. 66.